

El PP ha demostrado la capacidad de movilización de su discurso para neutralizar la obra de gobierno del PSOE

EL MAPA ELECTORAL DE LA ANGUSTIA

CARLES CASTRO

LA VANGUARDIA, 11.03.08

La alternancia es como el inicio de un nuevo romance tras un doloroso divorcio. La magnitud del desengaño de ser formidable para sienta la tentación de mirar atrás. Lo normal es pasar página y agotar el nuevo ciclo del amor y la luna de miel. Lo normal, por tanto, era que el 9 de marzo el PSOE asentara su hegemonía y, sobre todo, que el PP perdiera fuelle y retrocediera, aunque fuese levemente. Es decir, lo lógico cuando un partido disfruta del poder y sus resortes (incluida la llegada del AVE a Málaga o a Valladolid) y el otro padece la soledad de la oposición.

Sin embargo, las cosas no han ocurrido exactamente así. Ciertamente, PSOE y PP han mejorado sus resultados del 2004. Y ambos han sumado cinco escaños más. Pero el avance se ha producido de forma asimétrica. Mientras los primeros ganaban un minúsculo punto (y unas decenas de miles de papeletas), los segundos sumaban casi dos puntos y medio y cerca de medio millón de votos. Y lo más significativo: mientras los socialistas ganaban mayorías decisivas o recortaban distancias en la España más periférica, el PP ampliaba sensiblemente su ventaja en la España profunda y su frente mediterráneo (además de reducir en casi seis puntos y más de 250.000 votos la ventaja socialista en su feudo andaluz).

De alguna manera, el resultado del domingo se asemeja bastante al de las elecciones europeas de junio del 2004, celebradas ya sin el impacto directo de los atentados del 11-M y de su gestión informativa. Pues bien, en aquella ocasión los cinco puntos de las elecciones generales se redujeron a 2,2. Y el mapa electoral resultante fue, sin duda, más genuino que el del 14 de marzo. En aquel mapa - como se ha confirmado cuatro años después-, la estrategia territorial e identitaria del PP (basada en los valores conservadores, el trasvase del Ebro y la crítica al autogobierno catalán y a la política antiterrorista) mostraba con más claridad sus huellas. Y de ahí el premonitorio avance de los populares en Levante, las Castillas y Madrid, donde ampliaron sensiblemente la ventaja que habían obtenido en las generales sobre el PSOE.

La clave del resultado del pasado domingo se encuentra, por tanto, en la estrategia territorial e identitaria del Partido Popular. Ciertamente, esta agresiva estrategia ha tenido ciertos costes en Catalunya, País Vasco o Aragón, donde ha acentuado el voto al PSOE. Sin embargo, las pérdidas populares han sido mínimas y, al mismo tiempo, los rendimientos obtenidos compensan con creces esos costes: más escaños de ventaja en Madrid, Castilla-La Mancha, Murcia o Valencia, que han cerrado el paso a una eventual mayoría absoluta del PSOE.

En consecuencia, lo relevante de este desenlace es la potencia electoral del mensaje del PP, capaz de imponerse desde la oposición a la obra de gobierno del PSOE. Pero esa insólita potencia sólo se explica sobre la base de una mayor eficacia comunicativa y de un terreno receptivo a su discurso. Es decir, si la España periférica siente pavor ante el estado uniformista que predica Rajoy, el rechazo de la España profunda al autonomismo y al laicismo de Zapatero no es menor. Y el calado de esas

percepciones va más allá de los votos, ya que los resultados reflejan unas hondas raíces en el tejido social. En otras palabras: la fisura electoral de España no es sólo ideológica o social, sino también territorial e identitaria, hasta el extremo de que las emociones arrastran en favor del PP o del PSOE a las respectivas clases medias. No hay más que revisar los contrapuestos resultados de capitales como Madrid, Valencia, Barcelona, Bilbao o Zaragoza. Y el fracaso de Bono en Castilla-La Mancha (o el avance del PP en Andalucía) es también una buena prueba de lo lucrativo que resulta inventarse una agresión al castellano en Catalunya.

En definitiva, las elecciones se han dirimido sobre percepciones angustiosas alimentadas por una estrategia de tensión. Como si fuese cierto que los comicios se ganan desde los extremos y que sólo así PP y PSOE logran movilizar a su electorado potencial.